LOS «AGÜELOS» DE NUEVO MÉJICO

Una de las costumbres más extraordinarias y pintorescas de Nuevo Méjico hispano fué la popularísima de los "agüelos", ahora casi completamente olvidada.

Para Noche Buena u otra noche antes, era costumbre rigurosa en todas las casas donde había niños hasta la edad de doce años, más o menos, la visita del agüelo. Se hacía creer a los niños que los agüelos eran unos seres sobrenaturales que vivían en las montañas, de donde bajaban anualmente para hacer la visita mencionada. Desde las primeras horas del día, cuando se esperaba la visita del agüelo, los niños salían a ver algún lejano humito en alguna montaña que anunciaba que el agüelo ya se había levantado y se desayunaba para empezar la marcha.

La visita de los agüelos era principalmente para averiguar si los niños eran buenos y sabían la doctrina cristiana y rezar las oraciones ordinarias del culto católico. ¡Ay de los niños que no sabían rezar! Pocos eran, porque los niños repasaban el catecismo y sus oraciones antes de su venida, pero no faltaba algún desmemoriado infeliz que por fuerza tenía que someterse a una buena, aunque no muy cruel azotaina. Con los niños de muy tierna edad, los de tres o cuatro hasta seis o siete años de edad, los agüelos eran por regla general muy buenos y tolerantes, y con rezar un Padrenuestro o un Avemaría salían airosos y bailaban después "las Palomitas". La visita de los agüelos era, por consiguiente, muy temida por los niños, y durante dos o tres semanas antes de Noche Buena la mayor parte de los niños se dedicaban a repasar su catecismo y a aprender bien sus oraciones.

Para los mayores los agüelos ofrecían ayuda en la en-

señanza religiosa y diversión amena. Si los niños aguardaban la venida de los agüelos con espanto y temor, los mayores la esperaban muy gustosos. Tomaban éstos, claro es, parte en la ceremonia y sabían a veces quién era el vecino que hacía el papel del agüelo. Por su ayuda y por la diversión los padres de familia pagaban a los agüelos algunas golosinas, como buñuelos, empanadas, morcillas o piloncillo, y a veces hasta dinero. Algunas veces le pagaban al agüelo porque no azotara a algún niño que no sabía muy bien sus oraciones, pero que prometía aprenderlas muy bien para otro año.

La figura del agüelo era espantosa. Llevaba ordinariamente un traje de pieles sin adobar o bien de gamuza fina y además, una manta de lana, llamada *sarape*, que se quitaba cuando entraba en la casa. Llevaba máscara, a veces una sencilla tortilla de masa blanca pegada a la cara y cuernos sobre la cabeza. En Peña Blanca y en Santa Fe los agüelos se vestían de traje negro, con máscaras de tortilla de masa blanca, cuernos de búfalo en la cabeza y cola de caballo. Este último disfraz trae a la memoria el del diablo o brujo principal de algunas ceremonias de la brujería medieval. Venía el agüelo proveído siempre de una buena disciplina, llamada *chicote*, para azotar a los niños malos que no sabían rezar.

Anunciaba su llegada el agüelo con unos golpazos que daba en la puerta, y todo el mundo gritaba: "¡El agüelo! ¡Ahí viene el agüelo!" Abríanle la puerta en seguida y entraba dando latigazos en el aire con su disciplina y preguntaba por los niños. Llamaban los padres a los niños, declaraba el agüelo los motivos de su visita y se procedía al examen de los niños. Hacía preguntas a cada uno individualmente, los regañaba cuando no respondían muy bien y seguía dando latigazos en el aire. Entre los niños muy pequeños el espanto era mortal y apenas sabían abrir la boca. Naturalmente, la mayoría de los niños sabían la doctrina cristiana y sus oraciones bastante bien.

Terminada la primera parte de la ceremonia, con las amonestaciones y amenazas del agüelo, haciendo a algunos

niños bailar "las Palomitas" individualmente para castigarlos, o bien azotando a alguno, todos juntos bailaban "las Palomitas" en tono alegre y festivo, cantando todos las palabras de la danza bajo la dirección del agüelo, entre las risas histéricas de los niños muy pequeños y los versos improvisados de algunos muchachos traviesos y respondones, que buscaban ocasión para vengarse del agüelo, tal vez porque antaño los azotara.

¿Cómo era el baile de "las Palomitas"? Era una danza muy sencilla que los niños ya habían aprendido a bailar, por haberla bailado ya en años anteriores o porque se la habían enseñado los niños mayores que la habían danzado muchas veces, y que consistía en bailar lentamente y al compás de un ritmo monótono, moviendo la cabeza y el cuerpo de un lado al otro, individualmente, como ya queda dicho, o todos los niños juntos y cogidos de las manos formando un círculo, bajo la dirección del agüelo. A veces había acompañamiento de tambor, pero en general no había más acompañamiento que los chasquidos de la disciplina del agüelo. El ritmo de rigor era siempre el mismo, dos versos repetidos, y estos cuatro repetidos muchas veces. El ritmo de los dos versos repetidos era el siguiente: el primero de ellos, una de las formas características del verso de arte mayor, con acentos en las sílabas primera, cuarta, séptima y décima, y el segundo, un verso extraordinario de dos hemistiquios iguales, cada uno compuesto de cuatro sílabas, la primera sin acento y las últimas tres acentuadas:

¡Baila, paloma de Juan Durundún!

— ◡ ◡ — ◡ ◡ — ◡ ◡ —

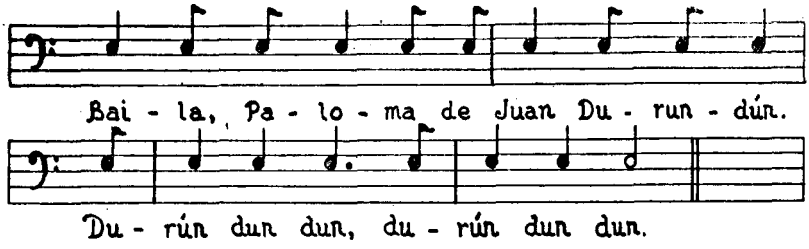
1 4 7 10

¡Durún dun dun, durún dun dun!

◡ — — — ◡ — — —

2 3 4 2 3 4

El ritmo musical de los dos versos que se repiten es seguramente de origen español:



La letra de la danza tenía muy pocas variaciones. Las más populares eran las siguientes:

1

¡Baila, paloma de Juan Durundún!
¡Durún dun dun, durún dun dun!
¡Baila, paloma de Juan Durundún!
¡Durún dun dun, durún dun dun!

2

¡Baila, paloma de Juan Turuntún!
¡Turún tun tun, turún tun tun!
¡Baila, paloma de Juan Turuntún!
¡Turún tun tun, turún tun tun!

3

¡Baila, paloma, señor Jurundú!
¡Jurún dun du, jurún dun du!
¡Baila, paloma, señor Jurundú!
¡Jurún dun du, jurún dun du!

4

¡Baila, paloma, señor Jorrundú!
¡Jorrún dun du, jorrún dun du!
¡Baila, paloma, señor Jorrundú!
¡Jorrún dun du, jorrún dun du!

Los versos que improvisaban los muchachos traviesos cuando ya todos bailaban "las Palomitas" son legión. Entre los más frecuentes cantaban los siguientes, al compás y ritmo de los demás:

1

¡Baila, paloma de Juan Durundún!
¡Durún dun dun, durún dun dun!
¡Alza las alas y baila tú!
¡Durún dun dun, durún dun dun!

2

¡Baila, paloma de Juan Turuntún!
¡Turún tun tun, turún tun tun!
¡Alza la pata y baila tú!
¡Turún tun tun, turún tun tun!

3

¡Baila, paloma de Juan Turuntún!
¡Turún tun tun, turún tun tun!
¡Vuelca el atole y verástelo tú!
¡Turún tun tun, turún tun tun!

Los últimos versos son del pueblo de Peralta, donde, según una leyenda local, un agüelo se quemó los brazos y las piernas con una olla de atole caliente que se volcó encima cuando bailaba "las Palomitas" con los niños.

Se trata indubitablemente de una antigua costumbre española, por más de que por ahora no podamos dar evidencia alguna de su existencia en otras partes del mundo español en la misma forma que la encontramos en Nuevo Méjico. En todas las casas donde hay niños ha sido costumbre enseñarles la doctrina cristiana y a rezar, castigándolos cuando no quieren aprender. En todas partes del mundo español se amenaza a los niños "malos y desobedientes" con decirles

que va a venir el coco a comérselos o a llevárselos. Una manifestación casi universal de esta costumbre es la de la madre o nodriza que se desespera y llama al lobo para que se lleve a un niño llorón, conseja conocida desde la antigüedad clásica, Esopo, Aviano 1. El agüelo (español abuelo) nuevomejicano no es ni más ni menos que el coco español en persona. En Nuevo Méjico se amenaza a los niños en cualquiera ocasión, tanto con el agüelo como con el coco.

En la costumbre nuevomejicana, sin embargo, parece que hay algunos detalles de influencia india. En las famosas danzas rituales de los indios de los pueblos de Nuevo Méjico se distinguen siempre dos individuos: *tsábiyos* en lengua tegua; *chapiyús,* en lengua queres, y *tsabaiyunas,* en lengua tigua, con las caras pintadas como diablos, o bien enmascarados y con colas, que corren de un sitio a otro, al parecer dirigiendo la danza. De cuando en cuando dan unos gritos horrorosos imitando los aullidos de los lobos, y hacen movimientos amenazadores con una disciplina. Estas palabras indias: *tsábiyo, chapiyú, tsabaiyuna,* significan abuelo (agüelo).

En la danza extraordinaria de los indios de estos pueblos llamada *Los Matachines* o *Matachina,* cuyo origen y significado son muy discutidos, ejecutada el día de Navidad en los pueblos de San Juan, Santa Clara, Cochití y otros, y también en algunos pueblos nuevomejicanos cercanos a San Juan, hay también un *tsábiyo, chapiyú* o *tsabaiyuna.* Ayuda a dirigir la danza, en la cual entran el Monarca, la Malinche, una jovencita vestida de blanco, diez o doce matachines o bailadores principales, el "toro" y el ya mencionado agüelo. El agüelo va enmascarado y lleva una disciplina y un cuchillo. Al fin de la danza lucha con el "toro y lo mata. La música de *Los Matachines* es, al parecer, de origen español. En los pueblos nuevomejicanos donde hay *Matachines* hay agüelo y agüela.

Pero el coco de los indios de los pueblos de Nuevo Méjico tiene todavía más de común con el agüelo nuevomejicano. De la obra de la distinguida folklorista norteamericana Elsie Clews Parsons, *The Social Organization of the Tewa,*

1929, páginas 270-271 y 280-283, sacamos los siguientes valiosos informes:

El *tsábiyo*, de los teguas; *chapiyú*, de los queres, y *tsabaiyuna*, de los tiguas, y que con estos mismos nombres aparece en algunas de las danzas ya mencionadas, es entre los indios un personaje fantástico y sobrenatural que vive en las cuevas de los montes, y que, además de asistir a las danzas citadas, se presenta por Navidad para castigar a los niños "malos y desobedientes", para "hacerlos bailar" y, a veces, para "llevárselos y comérselos". Para que no se lleven a los niños con ellos en los sacos o canastas que siempre traen consigo en estas ocasiones, los padres tienen que darles pan y otras golosinas. En los cuentos de los indios aparecen también de vez en cuando estos personajes molestando y azotando a los niños "malos y desobedientes".

Algunos de estos detalles son casi idénticos a los que ya hemos documentado para los agüelos nuevomejicanos. Son tan semejantes que no es posible pensar en desarrollarlos enteramente independientes. La región geográfica donde estas creencias y costumbres han existido y existen todavía es también muy limitada: Nuevo Méjico hispano y los pueblos indios de esta misma región. Por ahora no tenemos noticias de que la costumbre nuevomejicana exista en otras partes del mundo español. Creo que se trata de una antigua costumbre española, como ya queda dicho, pero es posible que haya sido desarrollada en Nuevo Méjico con influencia directa de creencias y costumbres semejantes que existían y existen entre los indios de los pueblos. Nada se opone, en cambio, a que las creencias y costumbres de los indios sean las que en este caso, como en muchos otros bien comprobados, hayan sido influídas directamente por las españolas semejantes. Los indios de estos pueblos han estado en contacto directo con la cultura española de Nuevo Méjico por más de trescientos años; la mayoría de ellos hablan español, o Castilla, como ellos a veces dicen, y algunos hay que todavía recitan y cantan romances españoles tradicionales, particularmente romances religiosos aprendidos de los primeros misioneros franciscanos que los cristianizaron en el siglo

XVIII[1] La siguiente rima infantil en lengua tegua del pueblo de San Juan, recogida por mí en 1933 de una niña de nueve años, es evidentemente de origen español. El tsábiyo indio aparece otra vez en lugar del coco español

¡Arrarrú, arrarrú, oyó, jawabé!
Wewo jugwi itó tsábiyo, tsábiyo sendó.
¡Si piribó! Oyó cumbe, nabí añu queyé!

¡Alarrú, alarrú, duérmete, niñita!
Viene a llevarte el abuelo, el viejo abuelo.
¡Quietecita! ¡A la cama a dormir, niñita mía!

Las rimas infantiles españolas semejantes son muy numerosas. Citaré solamente una, la de Rodríguez Marín: *Cantos populares españoles,* I, 38:

Duerme, niño chiquito,
que viene el coco,
y se lleva a los niños
que duermen poco.

AURELIO M. ESPINOSA

Universidad de Stanford. California.

(1) Véase este Boletín, XIV, 98-109.
(2) Represento, aproximadamente, la pronunciación tegua con el alfabeto español y la W inglesa.